



Ficciones digitales COVID 2020

Fase Uno
**La Fascinación
por la palabra**

**ESCUELA
PROVINCIAL DE
TEATRO Y
TITERES N° 5029**

Seguinos en las redes!



Ficciones Digitales Covid 2020

Fase uno: La Fascinación de la Palabra

Un contexto impensado para la mayoría de los habitantes de este planeta: una epidemia brutal, expansiva y mortífera. Un virus del que se desconoce su mutación, imposible de predecir su accionar y de escalofriante propagación.

En el mes de marzo, cuando estábamos por recibir a nuestros ingresantes, ingresamos todos en una cuarentena absoluta. Pensábamos que iba a ser algo pasajero, pero el aislamiento llegó para quedarse.

Al igual que todas las escuelas de la Provincia, iniciamos un proceso de conversión digital y virtual, de contenidos, métodos y vínculos. Para poder seguir enseñando, aprendiendo, creando, compartiendo y, sobre todo, garantizando el derecho a la educación artística, pública, gratuita y de calidad.

Un verdadero desafío para todos los docentes, alumnos y personal.

Porque creemos que la mejor manera de estar cerca de nuestros alumnos es creando y porque apostamos a tender lazos y a construir vínculos más allá del aislamiento, decidimos impulsar las Ficciones Digitales. Covid 2020. Cuatro fases de Ficción Digital Multiformato.

Una experiencia creativa y colectiva a través de formatos y plataformas.

Fase Uno:

La Fascinación de la Palabra apostó al lenguaje poético, a las formas del decir y a la construcción de universos sonoros.

Para eso convocamos a poetas de la ciudad que bondadosamente nos prestaron sus textos y a nuestros alumnos para interpretarlos.

Cada estudiante recibió tres textos diferentes y eligió uno para grabar. El audio fue editado por Ariel Armoa que tramó un espacio sonoro ficcional y poético para cada pieza.

Nuestro primer Disco:

El resultado de esta experiencia es nuestro primer disco de **Ficciones Sonoras**, disponible para la reproducción y descarga gratuita a través de la plataforma BandCamp.

Queremos agradecer a les poetas:

Ana Wandzik, Natalia Leggio, Sebastián Sánchez, Perras negras, Didac Terre, Javier Gasparri, Morena Garcia, Verónica Yáñez Pedrana, Tempo, Adriana Jaworski, Cintia Oña, Marianela Salazar, Lilian Alba Marien, Ana Wandzik, Anabel Martin, Beatriz Vignoli, Federico Rodríguez, Lisandro Aira, Lucia Rodriguez, Natalia Leggio, Rocio Muñoz Vergara, Sebastián Sanchez, Tomás Boasso, por compartirnos su trabajo y dejarnos atravesarlo con nuestra voz y sonido.

Felicitemos a nuestros alumnos, por el profundo trabajo de interpretación de cada uno de los textos:

Adrian Moriconi, Agustín Rosso, Elias Charif, Guillermo Páez, Silvana Hernández, Verónica García, Julieta Peirone, Antonela Regalado, Sofía Sánchez, Nerina Alcober, Gary Mendez, Rubi Cachay, Aquiles Pelanda, Mariela Gamberale, Mariano Notaro, Federico Albelo Bazán, German Mirabelli, Lucía Contreras, Sofía Amigo, Lucrecia Mubilla, Macarena Villalobo, Beatriz Mercedes Ponce, Fiamma Vera, Santiago Gutiérrez, Álvaro Yáñez, Evangelina Cipriani, Carina Nanci Gomez Re, Rodrigo Franco Pascual, Agustín Gorosito, Genaro De Vincentis, Josefina Olmos, María Eugenia Peirano, Sebastián Miguel, María Victoria Blanco, Iván Xavier Martínez Dufour, Agostina Pozzi, Estefanía Salvucci, Carolina Alfonso.

Río liso

Ana Wandzik

Ah, LO planchado
que está el río
esta mañana.

La franja de tierra por la que galopo
tiene pasado de baldío
y una prehistoria de puerto
que no me interesa revisar
porque voy atenta respirandole el liso al río
más bien metida en el vado.

Flores

Anabel Martin

Detrás de la reja
corta los jazmines de su planta
me viene alguna fe como una mosca
zumbando en la crema que se forma
cuando me pregunto que será el amor
una confusión extrema es un ramo y perfumado
que guardo todo lo que aprendió mamá
en la época del grito en el que sostenía la é
para llamarnos a comer desde la terraza
el grito alcanzaba el largo de una cortada
en la que aprendí a cruzar la calle
y besar estatuas.

Solocalm

Beatriz Vignoli

Al fin la luz del sol
se ha librado de ti
y da en una pared
y eso es el mundo

Al fin el tiempo acá
se ha venido a vivir
y no hay gloria en los días
solo calma

donde las cosas ya no sueñan con ser arte
donde las cubeteras no aguardan una cámara
y el tango del champagne
fluye de cumpleaños sencillito
y no hay infinitos libros, solamente este
y libre de vanidad la ceniza de los años
ya flota sin odiarte;

ya nadie calca nada del televisor,
para qué.

Sin título

Federico Rodriguez

Pájaro de tinta,
Azul albor de tu estrella.

En los infantes vientos,
en los insondables nombres,
en las temerosas formas,
que te habitan, que te aquietan,
se tropieza,
fatal,
la espiral penumbra.
Vinculado a tus ojos de océano,
descubrí la luz,
que, oculta tras la luna,
inquieta a las sombras.

Oh! Alífera Alejandra
la noche jamás volverá
a ser tan bellamente
Obscura

Sin título

Lisandro Aira

Un teclado nuevo, para sentir
El bello tipear
Y agradecer
Y celebrar
Que lindo es poder
Procesar
Supiestrar
Squirtear
Arrancar
Esos finos pelos rubios
Eesas sonrisas
Esas miradas perdidas al vacío
Esa eternidad
Esas ansias por ser
Cuanta potencia
Caen las lágrimas
Ojos mojados
Mirada al teclado
Violines que suenan con rabia
Calor de enero
Estraño tu pelo
Tu
Risa
Y
Todo

Un intento

Lucía Rodríguez

Anabel dice que está bien
que las cosas no sean como quiero
y yo, garante en mi contrato con el sufrimiento
repito que está bien
que las cosas no sean como quiero.
Él asiente, sabe perder.
Digo esto mientras lavo los platos del último almuerzo.
Ejercicio una sinceridad cuidada,
pienso que la circunstancia no amerita mayor compromiso.
Nos estamos dejando, nos estamos acercando a algo que no conocemos.
El agua corre pero lo que suena en esta cocina
en estas cabezas
es la voz de Jagger que canta que
si intentás
alguna que otra vez
consegúis lo que necesitas.

No hay noche

Natalia Leggio

no está el temblor del vino en la cabeza,
está la mañana,
el silencio para que no se despierten los niños,
no hay sacudón que deslice un pensar
atiborrado de nuevas imágenes.
Te estuve pensando noche
como en un mundo feliz
tus estupores, los orígenes mágicos
del principio del ser
te pienso noche
como escuchando a puro erizo
que me descubro
y a vos que me diste todos los males
de voz antigua y bestial
te lo di todo
hasta la caminata beoda
pateando basura
a pleno llanto,
es que anduvimos pegadas en un tiempo
que saltaba la cresta de la novedad.

MALADE

Rocío Muñoz Vergara

Hubo voluntad de decir,
sin embargo, todo es sin embargo
el secreto no puede leerse.
No se recuerda
el recuerdo preciso
sino su opacidad.
Aun así la muda insiste.
La temeridad es un estado
del convaleciente.
Saber o no saber
las reglas del buen decir.
Decir como para desear algo,
como un preguntar:
dónde están todos.
Todavía no es tarde.
La cicatriz no se confunda
con una herida del lenguaje.
Azuzar el desvío
el no alcanzar nunca
en ese querer estar siempre estar
un poco antes de morir.
Lo íntimo ya no es más.
Todo volverá a domesticarse.

Fábrica de pastas (2000)

Sebastian Sanchez

La fábrica de pastas de Pasco y Laprida
y yo
doblando la esquina
preocupado por el horario de atención al público.
El árbol, que es el guiño del tiempo,
irgue, frontal, su deuda en los anillos
como una revisión del área menguante.
Y yo sigo caminando en el manto de su sombra.
Mientras que mi vida,
que bien podría ser una vida normal,
que bien podría contar con una inercia normal,
a veces me asusta.

Los guantes de mi abuelo

Tomás Boasso

Son de cuero y me quedan chicos.
Ojalá no me apretaran tanto
así los usaría también en verano.

Abuelo, qué manos chicas tenías,
qué dedos finos... Será que son
los míos muy gruesos, que mis manos
vienen de la rama familiar que no es la nuestra
y comparto con mis otros abuelos?

Vos tuviste dedos españoles y yo tengo manos italianas,
sé que en tu trabajo requerías precisión, delizadeza.
Estos dedos míos entorpecen la escritura, se vienen encima.

Pero bueno, acá van
pensamientos que son nuestros:
yo los pienso y te los mando, son de cuero.

Blanco y Negro

Verónica Yañez Pedrana

Tenía 4 años. Le tocaba posar para una foto carnet y no quería. Estaba enojada. Tal vez no entendía mucho la situación, pero tenía claro que no le gustaba en absoluto. Hace mucho que no veía a su papá y su mamá estaba siempre a las corridas. Había que mudarse. Había que juntar dinero. Había que vender todo lo que se pudiera. Había que dejar la casa. Había que dejar el barrio. Había que dejar la ciudad. Había que dejar tías, tíos, primas y primos. Había que dejar a las abuelas y a los abuelos. Había que tomarse un avión. Había que dejar el país.

Y le sacaron la foto.

Una cara en blanco y negro, plasmada en el pasaporte materno. Una foto con fondo blanco y gesto negro.

Todas las palabras con coherencia

Marianela Salazar

Cuando se me presentó la palabra autorretrato, se me vino Frida Kahlo a la mente, lo maravilloso que pintaba desde sus profundos dolores, decía que se pintaba a ella misma porque era a quien mejor conocía, yo también creo que soy a quien mejor conozco, aunque no me pinto. A veces soy como las nubes blancas, cuando dejo que el sol cure mis heridas, otras veces estoy tan cargada como las nubes negras y cuando lloro vuelvo a estar blanquita y más clara y salgo a los balcones en busca de un nuevo aire, de uno mejor, que me devuelva la voz, que es una de mis herramientas favoritas. ¿Qué tengo puesto? Hoy no tengo puestos ningún disfraz, tengo puesta mi cabeza en lo conciente de lo inconsciente, y el agua me calma, me limpia, me alivia... no soy fanática de nada, aunque me gustan muchas cosas intensamente. Cuando miro mi reflejo en la vidriera, me gusta mi sonrisa, cómplice conmigo misma y me encanta verme cada vez más libre. Dentro de mi cartera hay lío, cómo en mi placard y en mi vida, pero trabajo para tratar de armonizar todo este lío, acomodar mis emociones y sanarlas. Mi mejor desayuno son los días que desayuno amor, los besos de mis hijes y el mate en la cama, donde vale todo lo que nos dé placer, cómo la masturbación, ¡por la cual no te vas a ningún infierno! La vida es mejor con amigos, los que te bancan el corazón, porque la felicidad solo es real cuando se comparte y cuando elegís sacar la basura afuera de tu mente, de tu cuerpo y de tu alma. Y cuando mi vida está en blanco y negro, trato de dejarme atravesar por la diversidad de colores del arcoiris.

No

Cintia Oña

Vos no te diste cuenta. Yo te ví. Desde que me miraste raro, yo te vi. Me habías llevado casi arrastrando de la mano. Nunca ibas tan apurada. A mi me gustaba cuando podía ir mirando las vidrieras, la calle, a la gente; y aunque vos ibas distraída, como papando moscas, yo la pasaba bien igual. Iba filmando la historia con mis ojos chiquitos y era el protagonista, el director y el guionista, todo junto. Por ahí, te preguntaba algo y vos no me contestabas, yo me daba cuenta de que no era porque no sabías qué decirme, ni siquiera me habías escuchado. Pero aún, me quedaba con tu mano agarrando la mía, y con eso me arreglaba para respirar.

Ese día, no. Ese día no pude hacer la película con mis ojos, porque ibas tan rápido conmigo de la mano que era como filmar con una cámara acelerada y eso no me gustaba, no se podían ver las caras de las personas, no me daba el tiempo para contar nada, no podía armar la historia.

Recuerdo también que fui gritándote durante muchas cuadras, que pararas, que me dolían las piernas, que me faltaba el aire, que nuestra casa no era por ahí. Pero creo que ese día sí, me escuchaste, porque me miraste como desde otro planeta y sólo dijiste con voz de desconocida: CALLÁTE.

Yo me callé por fuera, pero por dentro lloraba muy fuerte y preguntaba “¿Qué hice de malo, qué hice de malo, mamá!”. Porque en serio yo quería entender. Yo quería entenderte. Y cuando llegamos a un lugar que no conocía, lleno de cosas raras para mí, entre ellas muchos caños grises, enormes, te detuviste. Miraste hacia todos lados como quien busca a un pariente en el aeropuerto, te agachaste y me viste a los ojos. “¿Adónde está mi mamá?” te pregunté, porque esa que me miraba yo sabía que no eras vos. Y esa pregunta no te la esperabas. Te enojaste y me dijiste que no me hiciera el tonto. Y que me tenía que portar bien, no hacer ruido y esperar. “¿Qué hay que esperar, má?” te pregunté, y me diste un bife porque no hice eso de quedarme callado.

Cuando al rato viste que se acercaban las luces de un auto, me miraste tomando distancia, y apretaste los labios. Yo sentí un nudo en la panza, parecido al de cuan-

do nos acostábamos sin haber comido, pero más fuerte, más apretado, me llegó a la garganta. Me dijiste que cerrara los ojos, que contara hasta diez como cuando jugaba con los chicos a las escondidas en el rancherío. Negué con la cabeza aguantando el llanto porque no quería desobedecer lo de estar calladito. Me insististe. Cerré los ojos y supe que era la última vez que te iba a ver, má. Y no te hice caso. Sólo conté hasta tres. Te vi corriendo lejos de ese lugar, le gritaste algo al auto y seguiste corriendo. Me asusté y me escondí dentro de uno de los caños. Así me fui zafando de unos tipos que me llamaban diciendo que tenían galletitas, un sánguchito, caramelos. Mi panza quería ir con ellos, pero sabía que tenía que evitarlos. Logré salir por un hueco en el alambrado. Empecé a correr por una calle oscura, seguí llorando para adentro, llamándote para adentro, teniendo miedo de mirar hacia atrás. Ya no recuerdo ni cuánto ni por dónde anduve, sólo que una señora con una pollera muy larga y de colores me encontró llorando, muerto de miedo, de hambre, en la puerta de un supermercado. Me preguntó mi nombre, se lo dije, me dijo con una acento raro que la siguiera, que me iba a dar de comer, que podía dormir en una cama. La seguí.

Durante años me desperté en medio de la noche agitado, llamándote, viéndote correr y yo, agachado a la entrada de un túnel. No volví a verte, no supe buscarte o no quise, qué sé yo. Pero el otro día, una señora me dijo si no tenía algo para darle. Estaba en la puerta de una panadería, yo iba con mi nene de la mano. Ella me dijo “Por favor, algo, lo que sea”. Y estiró su mano, tocó la mía, todo alrededor dejó de sentirse real. La miré, te miré, por un momento pareció que algo en tus ojos se encendía como cuando uno se despierta y ve la luz del día dejándolo medio ciego. En menos de un segundo ese algo desapareció. Tal vez más rápido que tu figura alejándose esa noche. Pero yo lo supe con tanta seguridad como supe esa vez que algo terrible pasaría. Eras vos, mamá, y yo estaba ahí, con mi hijo, con una vida, con una historia recompuesta, estudios, laburo, una familia completa que estuvo al otro lado de ese caño de cemento. Entonces te hice señal de “no” con la cabeza, igual que hice el último día que fuiste algo mío.

“No”, pero era un “no me dejes”.

Ahora este “no” es que “no tengo nada para darte”.

Miedos

Adriana Jaworski

No tenía miedo porque no lo había aprendido, no había lugar, no había tiempo, no había posibilidad.

El miedo detiene, y esa no era una opción. Había que resolver, hacerse cargo, había que ser grande. Que hacer cosas de grandes.

Siete años tenía cuando empezó a dejar de tener miedo. Siete, y ya no tenía miedo de dormir sola, de calentar el desayuno, de llevar a la hermanita a la escuela. Siete años cuando empezó a vivir entre gente extraña, en un lugar lejano desconocido, a escuchar que murmuraban a sus espaldas.

Aprendió a esconder los miedos, aunque a veces asomaban, como cuando tendría que haber dicho que no, o cuando tendría que haber hablado. Pero tenía siete años. Creció tirando piedras sobre el miedo para hundirlo y que no salga más. Y dejó de sentirlo.

Se hizo grande creyendo que la gente mayor no tenía miedo de nada. Tener miedo es de débiles, igual que llorar.

Tampoco lloraba, ni de dolor ni de risa. Y nada le daba miedo. Nada le daba nada, hasta hoy, que creció. Hasta hoy que crecí.

No tenía miedo, antes. Ahora sí, ahora tengo muchos. De algunos me doy cuenta rápido, a otros me los niego, a casi todos los enfrento.

Aprendí a llorar, mucho, y lo hago; a veces me da vergüenza pero ya casi no. Pido abrazos para desahogarme y organizo reuniones todo el tiempo para reirme, bailar y tomar mucha cerveza.

Aprendí a vivir.

Les grandes, cuando estamos vivos, tenemos miedos.

Trenzas mágicas

Lilian Alba

“Había una vez”, así empezaban los cuentos de la abuela cuando se sentaba a la hora de la siesta mientras trenzaba su cabello blanco y mágico.

Ese día no era la excepción, así que Babu, como la llamaban quienes la conocían, se sentó a trenzar su cabello y empezó:

“Había una vez una niñita muy pequeñita y valiente, la llamaban Lore. Todos los días Lore salía de su casa muy temprano a la escuela, solita se iba la Lore caminando las 15 cuadras del pueblito, desde su casa a la escuela.

Lore amaba su escuela y su maestra, que le enseñaba dibujos con sonidos, que cuando los juntabas formaban palabras, que cuando las juntabas formaban oraciones, que cuando las juntabas formaban viajes misteriosos a cualquier lugar. Podían ser aventuras, romances, épicos, fantásticos, no importaba qué te imaginaras, todo empezaba con esos dibujos y sonidos.

A la Lore la retaban mucho porque era muy distraída, apenas leía algo nuevo en los libros de la escuela y su cabeza salía volando como un colibrí por la ventana.

Y ahí la maestra, que la quería mucho y ya sabía que era voladora, la llamaba ¡iiii“Loreeeee”!!!! ¡Volvé a la escuela que hay más que aprender!” y la Lore volvía de su ensoñación y se sumergía en el libro hasta volver a salir por la ventana y la maestra la volvía a traer, y así pasaba la mañana en la escuela.

A Lore sus compañeros y compañeras no la entendían, creían que tenía algún problema para pensar las cosas, que no entendía o que era tonta. Le decían cosas feas porque no la entendían, le decían “cabeza de chorlito”, “cabeza hueca” y un montón de otras frases hechas que a la Lore no le gustaban.

Un día, la Lore no aguantó más y le pidió a la maestra que le explicara al grado que ella no estaba loca, ni era tonta, ni nada, que tenía la cabeza muy voladora no más. La maestra explicó entonces que las personas son distintas, que cada una es una sola y no se parece a otra, les fue preguntando qué gustos de helados preferían y las respuestas fueron distintas y también, algunas iguales.

- Chocolate
- Frutilla
- Dulce de Leche
- Menta granizada

Y todos se rieron del Pancho, que le gusta la menta granizada. Y ahí estaba el bicho raro que le gustaba un sabor raro. Y la maestra preguntó:

-¿Lo dejamos de querer al Pancho por que le gusta la menta granizada?

-¡Noooooooooooo!- gritaron al unísono.

-Y si a la Lore le gusta imaginar cosas, ¿la dejamos de querer?

Y ahí se hizo un silencio en el aire, nadie estaba seguro si que te guste menta granizada era lo mismo que tener mucha imaginación, se miraron entre sí buscando respuestas pero solo encontraron los ojos bien abiertos en las otras caras, fue ahí cuando alguien, tímidamente, levantó la mano y dijo:

- Pero la Lore no nos cuenta qué está imaginando.

La maestra la miró a la Lore, que por primera vez tenía todos los sentidos en lo que estaba pasando y le dijo:

-De hoy en adelante, los últimos 10 minutos de clases nos contás qué estuviste imaginando.

Nadie sabía si eso era una buena o una mala idea, pero la aceptaron igual.

Una semana más tarde la maestra le contaba a sus compañeras que esa había sido una idea genial, que ahora en el grado esperaban con alegría los cuentos de la Lore y que ella tenía amigos y amigas que le pedían más cuentos. Que iban a su casa a escucharla y que la habían invitado al club para que allí también escucharan lindas historias.

Pero ahora había otro problema, que parecía que nadie había notado...cuando empezaban los cuentos, a la Lore le salían alas de colibrí.

Babu ató la trenza con una tirita de tela, y con sus alas de colibrí se fue a preparar el agua para el mate.

Cotorras

Andrea Tempo

Cinco chanchos, gallinas, tres vacas y dos caballos, uno viejo.

Unos cincuenta eucaliptos y su casita. Sobre la copa de los árboles la colonia de cotorras que la acompañaban día a día, con el sordo gruñido de sus chillidos constantes, nunca silencio. ¿O el silencio era eso? El incesante ruido blanco que nunca se acaba, ahora aumenta, ahora cesa un poco... ahora se olvida.

Se comían todo. Había probado dispararles una por una, pero eran tantas. Les había puesto veneno, pero se canso de juntar bichos y de no saber qué hacer con tanto pájaro muerto. Hasta que comenzó a plantar girasol. Ese año también había plantado girasol para alimentarlas y que no comieran sus tomates ni sus choclos. La tregua del girasol fue buena. Poco a poco, los animales habían comprendido y se habían vuelto amistosos. Esto a La Luisa le gustaba, y les había tomado cariño. Les hablaba, en realidad le hablaba a todo, pensaba hablando, ni se molestaba en bajar la voz, si total estaba sola. Sí, sola vivía ahí, en ese ranchito.

Pero hacía más de un mes que La Luisa no dormía bien, y se había hecho jueves. Jueves 23 de enero, como decía ese telegrama de desalojo.

-Muerta me van a sacar- repetía, mientras ordeñaba en el banquito de una sola pata.
- Muerta me van a sacar- mientras separaba la crema y cortaba la ricota tomando mate.

-Muerta me van a sacar- mientras juntaba los huevos.

-Muerta me van a sacar- tiraba maíz a las gallinas. -Muerta me van a sacar- mientras baldeaba el patio.

-Muerta me van a sacar- horneaba el pan.

-Muerta me van a sacar- montaba el caballo.

-Muerta me van a sacar- guardaba los terneros.

El jueves 23, el ruido de motor alteró la tarde calurosa. Cientos de cotorras alborotadas salieron escandalizadas de sus nidos. Una bandada de aves histéricas aban-

donando el monte de eucaliptos. -¡Muerta me van a sacar!- repetían en un graznido unísono los pájaros verdes que volaban sobre el camino de tierra. Los animales que de tanto haber escuchado a La Luisa repetir la misma frase se la habían aprendido y ahora por un misterio de la naturaleza repetían una y otra vez todos juntos. -¡Muerta me van a sacar!- En un chillido ensordecedor el cielo verde que se les venía de jeta. -¡Muerta me van a sacar!- escucharon en el auto que se detuvo y giró en U, cagados todos de miedo a doscientos metros de la tranquera. Esto sí que nunca les había pasado.

Una marica en el medio del campo

Javier Gasparri

No consigo desandar por qué, a la hora de seleccionar mi foto de mariconcito, algo me lleva a un grupo de fotos entre las que se incluye ésta. En ese grupo se distingue una serie tomada sin duda el mismo día, en la misma “sesión” (seguramente por mi madre), que se evidencia en la ropa, en mi aspecto, en los lugares de la casa. Así como en ésta parezco estar diciendo “miren mi oso”, en las otras estoy haciendo caritas traviesas o hablando por teléfono (la pichona de marica ya se viajaba en Hola Susana, que acababa de aparecer; aunque por suerte los astros luego me liberaron del culto a diva tan desafortunada y la reemplacé por otras más interesantes y divertidas). No tengo datos precisos del momento en que fueron tomadas, pero supongo que debo andar por los tres años.

Y en casi todas las fotos de la serie, aparezco con el oso. El Oso Carozo, así se llama (nada original, supongo que la reminiscencia de Carozo y Narizota es obvia). Aún lo conservo entre mis tesoros de infancia. Dormí con él hasta los once años y, en un momento, digamos, hacia los ocho o nueve, la pareja se abrió e incorporamos al Perro Pulgoso, haciendo un gozoso trío en la cama, todas las noches. Al Oso Carozo me lo había regalado una prima, que a su vez lo tuvo en su propia infancia; motivo por el cual el oso tiene unos diez años más que yo. Aunque después la normativa genérica me desplazó a juguetes chonguitos (las Tortugas Ninja, los Halcones Galácticos –me calentaba el Niño de Cobre, otro mariconcito en ciernes–, los Locademia de Policía), los juguetesplaceros que luego empecé a (o me hicieron) percibir como incorrectos (puesto que en el momento me resultaban lo más común del mundo sin problema alguno) son un tesoro mariconcito que reconozco a la distancia: algo allí aparecía, insistía, desafiaba y no se amedrentaba: la tentación por la vitrina de muñecas de la misma prima que me regaló el Oso (una vez le rompí el celofán para sacarle una: la quería tocar, tener entre las manos), los Pequeños Pony de otra prima y una amiga (llegué a robar alguno), o la atracción irresistible de mirar impunemente los Ositos Cariñosos y Frutillitas cuando los lograba enganchar por televisión (cosa infrecuente por la poca disponibilidad de canales en los años '80,

y en el medio del campo). Y si no podía ser en la televisión, eran en los VHS que íbamos a alquilar con mi mamá. Siempre preferí el cinismo y el sadismo de la Warner a la felicidad naif de Disney (sólo amaba al perro Pluto –¡vaya nombre!–). Y de la Warner, los devenires travestis de Bugs Bunny en algunos episodios, sus besos en la boca a Elmer y su amaneramiento (¡esa zanahoria que no deja de chupar!), me hicieron muy feliz. La Pantera Rosa también me divertía con sus aventuras graciosas y su color inquietante cuyas huellas puedo reconocer. Por la misma época, el melodrama político medieval de Ico, el caballito valiente era una patada al hígado que adoraba. Mario Bross le aportaba interactividad vía “family game” a este pequeño mundo de mariquita que me había armado en el medio del campo (la sospechosa relación con Luigi y los honguitos con forma de glande habilitarían también una larga especulación semiótico-subjetiva del consumo de imágenes). De todo esto me sacó la lectura de Mafalda a los diez años: supongo que con ella me hice feminista, con Susanita advertí una contrafigura infumable de todo lo que no quería ser y con Libertad me hice anarquista.

Pero si todos estos destellos afectivos configuran un espacio (o un territorio) de los placeres anómalos pescados –resignificados, reapropiados– como guiños (que acaso la violencia de la Institución Escolar se encarga luego de enderezar y borrar, o por lo menos lo intenta), es porque la experiencia de, en mi caso, una mariquita en el medio del campo me llevó a sentirme, pensarme, percibirme en la felicidad de una vital rareza que deseaba afirmarse en su propio desencaje. De todas maneras, supongo que no me es privativo: hay algo que se me aparece compartido e imagino como vivencias comunes, incluso jugueteando con el estereotipo, de tantos otros mariconcitos, pichones de locas, putitos enrevesados. Esto puede incluir otras complicidades, como mi abuela Pepa (porque los mariconcitos cuando no tenemos una madre cómplice, seguramente tenemos una abuela o tal vez una tía): entre otras tantas cosas en las que podría pensar, se me ocurre recordar las trenzas que me hacía con hilo de lana y hebillas baratas, cual fashionismo rural y pobre, y habilitando todos los deseos de su amado nieto mariquita. Con esta imagen me quedo.

Lepidoptera noctis

Morena García

De tu terror arraigado he venido a servirme.

Porque he estado ahí desde siempre... aun cuando no tenía está forma, meando en tus uriniales... ohhh si! De pie!

He estado ahí, no haciendo el amor, cojiendo feroz y salvajamente sobre el lecho al que juraron acompañarte hasta la muerte y cuando me bajaba ocasionalmente, famelica, a meter mis manos huesudas de uñas largas en tu heladera ordenada a lo Marie Kondo debo admitir que he pateado algun juguete de niño.

No me has visto y aun asi, allí estaba observando tus nalgas enfundadas en esos microshorts de futbol que para ser antiputo se te notaba hasta el pulso.

He sido testigo incolumne desde la esquina de como llegabas a beber del grifo a la madrugada como la difunta Correa, sediento, vicioso y levantarte temprano para tomar vino y hostias los domingos.

Tu terror no esta completo sin mí porque yo soy en mi misma todos los terrores de tu frágil heterosexualidad que queda en evidencia cuando vas a la cancha a rodearte de chongos y tocarse en una pluralidad marica encubierta.

Soy esa criatura terrorífica que te golpea con las alas en la oscuridad y de tantos manotazos que das terminas golpeando un bulto.

Queride heteropaki tu terror esta justificado... he habitado todos tus lugares varoniles o de familia... me he arrastrado dejando un liquido espeso y brillante en mi derrotero, nada ha quedado impoluto, canchas, vestuarios, talleres, reuniones.

He tocado todo. He visto todo. He probado todo. Me he hecho poderosa y tu espanto detonó las puertas de mi closet. Mi pregunta es.. guardaras tu deseo detras del terror? Te pregunto mientras te dejo cómodo dentro del tuyo y te cierro la puerta!

Hiroshima

Morena García

Te propusiste erradicar (me), es necesario quemarte las ideas, te prometiste. Desgarrar la carne del hueso. Escarbar lo compulsivamente aprendido.

Pero como verás mi flor de napalm.

Aquí sigo de pie. Deforme pero con brotes, como el ciruelo trémulo que endurece la corteza en el invierno.

Te abriste paso a través de mi con el puño enfundado en bilis. Te filtraste en las napas de mi piel con tu lengua de sarín. Tomaste mi glotis callandome, hasta ver caer de mis ojos ,hojas en llama.

Y una vez más volviste a comenzar, tu guerra de dientes apretados contra mi oído inclinado. Y una vez más... Una y otra vez... Y te detuviste como las réplicas de un terremoto que no se parió. Contenido, rabioso , confuso. Justo en ese instante comprendiste, en ese instante que dura la luz de la Explosión que Yo ya era toda Hiroshima.

Y el silencio ensordecedor vino a dar justo contra vos..

Acá me ves inmunda flor de napalm, acá me ves toda visceral como en la lección de anatomía. Y repetirás “que mala suerte la mía” cuando sientas mi detonar.

Ahora me toca a mí darte vuelto.

Ahora come de mi.

Ahora inhala mi viento.

Porque mientras pensabas que me colonizabas , en mi suelo cenagoso y negro te enterrabas.

Y ahora soy caos, ya no más tu espejismo del Edén. Ahora estoy en flor y fruto. No tengas miedo inservible flor de napalm que yo ya estaba erosionada .

Ahora es mi turno de devolverte el favor.

Que coman tus hijos de mi dulce

Que caigan sus plumas entre mis ramas.

Que beban del agua de mis ríos

Que mueran en mi tierra y abonen mis ganas.

Porque soy el retoño no esperado.
Después de tu invierno armado
Un frágil batir de alas
Que sacudirá tu puño oxidado.

Soy un holocausto de colores
Un suspiro abrasador entre la brisa
El mutismo desgarrador de la vida
Que se cuele entre huesos y cenizas...
Aquí estoy de nuevo , mi mustia flor de napalm. Aquí estoy, amada y armada hasta
los dientes
Tóxica e inhabitable como siempre
Con los pies negros, incolumnes venenando a tu próxima simiente.
Viniste pensando en detonarme.
Arrasarme
Tratando de llegar a la cima
Y olvidaste muerta flor de Napalm
Que antes de ser yo... Yo ya era toda Hiroshima

Inminuendo (me cago en la prosa)

Morena García

A muchas les resultará un relato conocido, repetido, hastiante e incluso mendigo, otros mirarán con asombro u horror como a quien no le pertenecen estas realidades, mientras les sirvo como en una película de Lucio Fulci, una porción de mi vida en este relato a destiempo; y asistirán a él como los burgueses postcoloniales miraban con gula y lujuria la vidriera circense de un freak show... pasen y vean.

Nací prácticamente crucificada por un Dios que se jactaba de omnipresente, omnisciente y al mismo tiempo impotente. Me elevaron y vistieron con la liturgia y la algarabía con la que se recibe al macho, de hecho, dudo que en mi memoria celular, en cada ínfima mitocondria quedó grabada la frase armada y monótona del doctor como si yo fuese otro pedido en ventana del autoMac, monocorde, mononeuronal: macho dijo la partera!!!

Rápidamente fui envuelta en atavíos celestes, inentendibles como la crema del cielo, que nadie sabe qué es o qué representa, pero es celeste, celestial determinadamente. Y así (como si yo no hubiese sido un feto sapiente, casi ingeniero) y con la lógica de una chusma pre-provida estamparon en mis tímpanos los dos nombres de varón más irónicos y desubicados, cuyos significados eran “varonil” y “dios está con nosotros”. Por último lamieron una pelusa roja y me la pegaron en la frente, por un momento pensé: debo ser sagrada, es un tilak, soy hindú, pues no, era el ritual ancestral que según mi tía evitaba la contracción involuntaria del diafragma. Les simplistas le dirán “hipo”.

Con el tiempo entendería que su significado es mas a lo Kennedy.

En fín... esta procesión de tías con cabellos teflonados, para todas las fiestas habidas y por haber, traían regalos que no dejen dudas de mi posición social patriarcal, de macho.

Eran interminables, incesantes, incestuosos, insistentes, ametralladoras, autitos, pelotas,

tiki-takas celestes... y las bolitas... bolsas y bolsas de esas porcelanas, ojos de gato, aceritos y las deleznales “comunes”. Sentía el olor del Roby fijación modo

“huracán” de mis tías que me abrazaban con un gozo, con ese gozo orgásmico de aquel vendedor de Herbalife cuando capta o copta a un ingenuo. Juro que miré desde sus brazos más de una vez si no se habían meado. Es que yo era en alguna medida, en cierta medida, en toda medida, su Mesías, pues era el único varón del árbol genealógico vivo, árbol que según ellas, sin un macho... se secaba, tendía a desaparecer. Pequeña imposición que pesaba otrora sobre mis pequeños hombros. Todo este ceremonial cesó abruptamente un domingo vespertino de agosto, mientras todo el clan femenino jugaba al chinchón en el comedor.

Yo, yoica fiel, a imagen y semejanza de mi sentir, salí montada con un batón y unas Guillerminas espantosas de mi vieja, porque no solo inauguré mi propio desfile, sino mi buen gusto, a los 4 años. Todo fue silencio... pero silencio!!!

De esos silencios incómodos como cuando te preguntan si ese flato es tuyo.

Un silencio perenne, de miradas juiciosas, acusantes, el suspiro estertóreo de una de mis tías a punto de morir de horror, como si una cucaracha travestida se hubiese posado en el medio del comedor.

Yo seguía chapuceando las Guillerminas, y giraba con el batón como una especie de cenicienta trava lumpen.

De ahí en adelante las reuniones, onomásticos, cenas navideñas y demás convidios, mutaron en aquelarres, no más presentes... su macho... su continuidad de linaje, la perpetuación del apellido más común, como sus bolitas, morían junto con la frase que habían ensayado y atesorado para mi pubertad: y la novia, pa' cuándo?

Todo lo demás fue un derrotero casi clorofórmico, anestésico, no analgésico, de actos, de edictos, de eructos porque recuerdo a Miriam, maestra de preescolar, con su delantal rosa, sus ojos marrones, y su rubio 9.1 Marolio, decirme: “vos tenés que jugar a ser papá, no mamá “.

La seño Guadalupe, en 4º, “los nenes” no juegan elástico” Hasta el portero se permitía mascullar entre dientes por lo bajo “putito de chiquito”.

Eructaba transfobia a los 11, estaba empachada. Sabía que no pertenecía a ese hatito de bestias “normales”, “comunes” como aquellas bolitas.

Me fui, me echaron, me abortaron de todo lugar posible, me encontré al mismo

tiempo en todos lados, marcaba lugares que solo habitan las almas que no cuentan, las invisibles las indivisibles... me hallé comiendo en plazas, pernoctando en la puerta de la casa de ese dios omnipresente... que allí no estaba, peregrinando un 24 de Diciembre hacia ningún lado. Detalles y pormenores de una sanmaritana del amor.

A los 17 conocí a otrxs especímenes como yo... apiñadas, juntitas en una esquina, convocadas por esa luz naranja que sangra el mercurio... algunas de una belleza hegemónica, otras enfundadas, encorsetadas a la fuerza para parecerlo.

Pero todas exquisitas, soñadoras, parias, montadas viajadas, subidas a autos... y bajadas; presas, locas, copeteadas, fumadas, duras y acabadas, consumidas, ajadas y vueltas a acabar.

Sentenciadas... a una fecha de vencimiento.

Pero como en mi nacimiento, yo solo disfrutaba verlas danzar, para matar el frío, al son de una cumbia, riendo, tejiendo mañanas, pequeñitas. Yo sentía algo en el pecho que se acumulaba, y era arrastrada hacia esos bailes quebrados, y la sensación en mi pecho se acrecentaba. Una noche (siempre fue y es un buen prólogo para una trava) entre decenas de modelitos, sombras de todo el espectro visual y postizos de kanekalon, una trava grande de 47 años... la Matusalén de nuestro mitin, al verme y oírme decirle a otra que no podía explicarle lo feliz e indescriptible de esa sensación que en mi pecho pasó de ser brasas a corazón en llamas; me tomó del mentón recién afeitado y me dijo: Marisa (que en nuestro propio lenguaje, "el carrilche" significa "marica") eso que sentís es ORGULLO... ORGULLO TRAVA.

Y fue a fundirse detrás de otra masa informe de ropa.

Comprendí todo... todo fue todo, todo revelación, todo apocalipsis, todo llanto del bueno. Ella rompió mi crisálida y yo la mastiqué, la tragué, y escupí en la cara de ese dios que reparte amor y mejillas, omnisapiente para juzgar... impotente para amar.

Exploté, liberada, semimontada, semidragueada, toda enyibrada, toda de mí misma enamorada, empoderada, salí a la calle endiosada, fulguraba como fulguraron mis ojos en aquella avant-premier frente a esa mesa de chinchón.

De repente comencé a apagarme ... no entendía, la luz se escapaba de mí, como

se escapa la acuarela del agua, y entendí mi punto rojo en la frente... mi tilak sagrado... me había encontrado con mi verdugo, mi francotirador designado, contraparte del culón ángel de la guarda... todas las travas tenemos uno, o varios ,asignados, diseñados, prefabricados.

Se embebió en mí, pudo con mi carne toda.

Se regodeó en mi cuerpo, cuando acabó y terminó su menester orgulloso, jadeante, confundido, previo escupitajo, esbozó dudoso un: “te pasó por puto”, se alejó mientras mis ojos de gato, fijos, ya anclados, no perseguían más el devaneo de la luna por el cielo, ese cielo inalcanzable.

Perdón, no dije mi nombre... importa?

Soy una más, una de las tantas, una de las tantas que no marchitó por la edad... sino por odio.

Esta no es una historia triste es simplemente una historia traba.

Pasen y vean!!!

La Wally posible

Morena García

Frente al espejo, con el corazón agolpado en la garganta me pinto,
Me pinto poco porque no quiero ser como ellas. Me pinto poco, porque menos es mas. Me pinto poco ,pero mi cara no tan dulce necesita un poco más.
Una sospecha de maquillaje voy a decir con el tiempo que me puse cuando en realidad tengo maquillada hasta las rodillas.

Y termino pareciendome a ellas.

Es que ellas no estaban tan enfrente.

Frente al espejo siento náuseas de está metamorfosis dérmica sensorial que no puedo controlar y de tener que mostrar el capullo al mundo para que entiendan y no entienden ,y las náuseas vuelven y ya no son de nervios.

Frente a mi vieja estoy sentada ,mi vieja no sabe, mi vieja desconoce quien soy solo conoce que desconoce al hijo que insiste en resucitar y que hijas nunca tuvo

Frente a mi vieja no soy nadie

Frente a mi viejo no estoy. Mi viejo aunque está ,nunca estuvo, solo conozco el revés de su palma y unas lágrimas retenidas que significan más que las que he llorado. Frente a mi viejo no estoy , ni yo... Ni el

En el comedor tengo mutismo desgarrador y los ojos de ellos gritan más que cualquiera. Mi mano se posa temblorosa de lado en forma de cuenco, en forma de súplica ,en forma mendiga y busco explicar... Y nadie tiene oídos. La vista alcanza, las pruebas alcanzan , el espanto alcanza para convencerlos.

Y tránsito la casa que no me pertenece porque está manada no es mía.

Y entonces la calle.

La calle gris y plomiza que refleja un cielo no más amable.

Las muecas en las caras, las miradas presentes, la sangre que se agolpa en la garganta y de repente: Putooooooooooooo!!!!

Y de repente silencio

Y de nuevo: putooooooooo

Y nadie.....

Y silencio.... Bullicio, miradas y el silencio cómplice y las risas. Las risas son lo más audible desde está travesía. Si tengo miedo?

Si tengo,

si tengo hambre? si tengo

Si tengo frio? Me calan los doce años.

Pero está transformación urbana trae más que miedo.

Siento mi piel más dura con cada insulto. Siento los ojos vidriados

Tengo un inmenso deseo de quemarlo todo. Por qué no me lo merezco, porque soy una criatura invisible, por tanto mal, por si las dudas. Voy a volver a prender fuego todo con mi taco inflamable y mi espanto a flor de piel.

No me merecen. Tengo espuma en la boca y me pedis paciencia.Me pedís paciencia o que me rinda? No me pidas que aguante YA AGUANTE DEMASIADO.

Y me preguntas si soy mala?

Y me miras con miedo y desconfianza, ahora que ya no tiemblo ni pulso fragilmente.

Me deben horror y vine a buscarlo.

Me deben los besos y los huesos

Me deben una familia

Y me deben la sangre de las otras

Y me preguntas todavía porque tanta saña?

Mientras muerdo las manos que me azotan y es que no comprendes bebé que de cachorra me tiraron y en la calle me hice perra!

Voy a morir

Morena García

Voy a morir ahora o despues.
Y no notarás que aquí he estado.
Voy a morir
Ahora o después y no te daras cuenta que te he habitado.

Voy a morir ayer, hoy y mañana.
No veras de mi, rastros y los he dejado
Es que tu memoria borrara con saña, los surcos que ésta nomadé a cruzado
Con un Cristo a la cabeza,
En un rancho seré velada
Gesto abyecto de tristeza.
Mi voluntad no respetada.
Tu no Dios, tu no amor. Tu rudeza
Tu comentario de vecina malintencionada.

Moriré como llegué, paupérrima,
Rara, única, grotesca
Intragable mi imagen que no condice
Con tu asesino canon de belleza.

He de morir, rápida rauda, precoz.
He de vivir en mis hermanas.
Y me vas a ver volver, feroz
En la voz de ellas, con mas ganas.

Para espantar el dolor.
Me voy me voy silbando fuerte.
Que estoy segura que tanto amor

Torcera el destino y ésta suerte.

La mirada de pena y terror, el brindis en la mesita del rincón y la cumbia burlona de la Muerte.

Yo soy!

Morena García

Tratando de decir quien soy,
Sorteando la mirada de mi ego.

Hoy debo decir que soy el rejunte no planeado de la leche perezosa de mi viejo y el óvulo borracho de mi vieja.

Soy la hija mas chica de un cúmulo de ojitos que se apiñaba en el único rincón de la casa que no llovía.

Fuí el platillo principal del cura y la hoz de su teoría.

Soy el cadáver de la niña que a los once moría por los papeles cartas y aún hoy resuma osamenta.

Fui peón de albañil, villana, cáncer de algun amor, hermana, soy puta , perra y soberana.

Fui a los quince la fantasía normada que hoy deshilo rápidamente con las manos, desesperada.

Soy la incomodidad en la esquina de la casona de la doña que le preocupa el dolar.

Soy una pluralidad de mis muertas

Y una pizca de sus sonrisas.

Soy fuego, llama y cenizas.

Soy espejo, reflejo y cornisa. (Soy hoy) mientras escribo y desangro mi memoria.

Mártir de un amor olvidado y testigo esencial de mi propia historia.

Y mientras escribo esto,

Y me velo en un duelo impuesto. Me digo a mi misma convencida, que hoy soy lo que soy no ,sin antes haberme fallecido!

Que marica el hijo de Jorge

Didac Terre¹

He aquí una de las tanta maricas que volaron del pueblo, se instalaron en la ciudad y miran hacia atrás, recordando aquellas que una vez fueron.

Estas letras pertenecen al anecdotario marica de la pueblerina que fui. Crecida a los albores de una de las tantas repeticiones de Rosa de lejos, imitando la prosapia de la Benedetto cuando le ponía cuerpo a Rosa María Ramos

Mi claro de luz, mi grito de libertad, era el campo. El llano, el verde amarillo de todos los pastizales antes que el monocultivo de la soja invada estos lares. Ese pedazo de tierra donde el horizonte era el límite, ese campo que permitía cultivar mi soledad a las afueras del pueblo. No llegábamos a 2200 habitantes en Peyrano, pero a mí me parecía que era un mundo, y fue así que el campo se transformo en mi vía de escape de los gritos aleccionadores de mis vecinxs.

Recuerdo un momento, en que el grito fue casi masivo, y pensaron que con el grito de maricon me iban a “enderezar” (si supieron ahora las cosas que puedo enderezar), pero bue... Resulta que a mitad de 3 año de mi educación primaria (dicen que era 1995) se estrenaba a las 17hs, Chiquititas por Telefe y esta pequeña marica, amante de las telenovelas, no quería perderse el estreno. Cosa que conservo hasta el día de hoy, amo los estrenos de cualquier cosa, me gusta ver como comienzan las historias, aunque me olvide de ver como terminan.

Aquel 1995 no fue distinto, lo único que impedía ver el estreno era que cursaba el turno tarde y el horario de salida era a las 17:30. No tenia posibilidad de llegar a ver el comienzo, así que no tuve mejor idea que decirle a la Señó Graciela, delante del curso, que necesitaba irme antes. La necesidad de presenciar el lanzamiento de la troupe de Belén Fraga, Mili, Georgina, Vero, Cinthia, Laura, Maru y compañía era mayor que continuar encerrado en el aula Paula Albarracín.

Sí, así. Necesitaba irme de la escuela, salir de ahí. No aguantaba más saber que se acercaba el inicio. No se preocupen ni se alarmen, eran los '90, en un pueblo y mi abuela vivía frente al colegio. Solo tenía que cruzar la calle Córdoba y ya, toda Chiquititas para mí.

Pero ese plan que parecía perfecto, se trunca cuando la docente a viva voz suelta un ¿Para qué?. A lo que respondo firme y convencido, lo que era una obviedad para mí, soltando a viva voz “para ver chiquititas”. Pobre ilusa, mi fantasía se trunca cuando suelta una risa y habilita la risa del resto de mis compañerxs. Cuestión que para salir a izar la bandera a las 17:25, los 7 cursos del turno tarde ya sabían de las aventuras televisivas del hijo de Jorge. Que reforzaron y adosaron a mi nombre el subtítulo Que marica el hijo de Jorge.

Los gritos no impidieron que me sepa todas las coreografías y los temas. Canciones que en el campo de mis otrxs abuelxs cantaba fuertemente. Todo ese espacio para mí, todo era escenografía y vestuario. Las ramas de eucaliptos servían de peluca, de flecos, de boa. Era en el campo donde esta marica florecía y reverdecía.

Y hoy cada vez que vuelvo, los eucaliptos estas más grandes, más duros y yo mas empoderada. [chasquido final]

1) Marika del campo, casi siempre pueblerina. Pero nunca sojera



**ESCUELA
PROVINCIAL DE
TEATRO Y
TITERES N° 5029**

Seguinos en las redes!

